
Mirar al futuro hincando las raíces en el Evangelio

Han pasado varios meses desde su celebración, pero ello no supone que haya perdido actualidad, porque su mensaje fue reto y tarea de futuro. Las Semanas Monásticas se celebran cada dos años en España y van tomado fuerza desde que hace 45 años comenzasen su andadura promovidas por la Sociedad de Estudios Monásticos. Su periodicidad fue más irregular en alguna época, por lo que este último año de 2003 tenía lugar la número XXIX, y con la más alta participación, 131 monjes y monjas, benedictinos/as, cistercienses y jerónimos/as principalmente, y un pequeño número de carmelitas, agustinas y una canonesa, de toda la península Ibérica, es decir, España y Portugal, además de un grupo de seglares vinculados a esta forma de vida, lo que habla de una etapa de consolidación y expansión de estas semanas. Por géneros, 89 fueron mujeres y 42 varones, lo que dibujó un panorama mayoritariamente femenino.

En esta ocasión el encuentro se celebró del 29 de agosto al 6 de septiembre de 2003, en la Casa de Espiritualidad de los PP. Paúles, a las afueras de la hermosa ciudad de Salamanca, patrimonio de la humanidad, bajo el lema: “El evangelio como norma suprema de la vida monástica”. El objetivo, tal como lo expresó en la apertura la secretaria de la Sociedad, M^a Pilar Tejada, benedictina del monasterio de Palacios de Benaver, en Burgos, era el deseo de ahondar en las raíces evangélicas y encontrar pautas con las que profundizar y renovar la vida monástica.

¹ Monje del monasterio de Zenarruza, Vizcaya (España).

En el mismo deseo insistió la presidenta de la Sociedad de Estudios Monásticos, Cándida Saratxaga, abadesa del monasterio cisterciense de Lazkao en Guipúzcoa, manifestando la necesidad de confrontar la verdad de los valores monásticos para recomenzar desde Cristo; ya que, como decía, “el evangelio es el camino irremplazable de la vida monástica”.

Por ello, y haciendo referencia a una antigua canción, expresó su deseo de que esa Semana fuese una nueva ocasión para volver a la esencia del “primer amor”, a la “frescura del niño” frente a Dios, a la “experiencia primigenia” de los evangelios, aunque hubiesen pasado años desde los orígenes y desde el inicio de la propia vida.

Y al servicio de ese proyecto se desgranaron las diferentes ponencias y se encargaron los diálogos en grupos, así como todo el ambiente de convivencia fraterna que se creó a lo largo de toda aquella intensa semana.

Las jornadas tuvieron la misma estructura. El comienzo del día lo marcó la oración de Laudes incluida en la Eucaristía, presidida cada día por uno de los ponentes. A ella le seguía el desayuno y dos ponencias separadas por un breve descanso con refrigerio. Después de la comida se fue generalizando el paseo por grupos dentro del recinto de la Casa de Espiritualidad para compartir en la amistad y también distender los músculos, pero sin olvidar el tiempo de siesta. La tarde incluía una conferencia y una reunión por grupos para dialogar sobre las preguntas dadas por cada uno de los ponentes, algo que resultó muy enriquecedor. El día terminaba con el rezo de Vísperas, la cena y el paseo al sosiego del anochecer. Y es que si la calidad de las ponencias fue algo para destacar en las jornadas, el nivel de convivencia, cercanía y fraternidad entre todos los monjes y monjas, puso una vez más de manifiesto que las diferentes tradiciones monásticas no son ningún obstáculo para sentirnos plenamente unidos en lo fundamental.

Día 30 de agosto: SEGUIMIENTO ORANTE DEL EVANGELIO

La Eucaristía del primer día estuvo presidida por el benedictino Ildefonso Gómez, quien después del desayuno sería el encargado de realizar la primera conferencia. Él fue uno de los promotores de estos encuentros, y comenzó recordando cómo en esas mismas fechas, hace 45 años, se daba inicio a la primera Semana Monástica, que reunió a 25 participantes de quienes hizo memoria a través de una foto de aquel momento histórico. Él abrió las ponencias de aquella lejana Semana y como gesto simbólico lo volvía a hacer 45 años más tarde hablando sobre “La dimen-

sión pascual del seguimiento de Cristo”, aspecto esencial, afirmaba, “si no queremos convertirnos en simples hijos de Adán”. En ella nos pedía que, en medio de un mundo desencantado, los monjes y monjas fuésemos como un canto de esperanza, porque el “seguidor de Cristo es el que camina de esperanza en esperanza”, y nos retaba a vivir con “pasión” el presente y abrirnos con esperanza al futuro.

Después de esta ponencia, como después de todas, se habría un espacio para el diálogo, que ayudaba a iluminar el tema e incluso a concretarlo.

Después del refrigerio, que permitía seguir departiendo sobre el tema o simplemente crecer en fraternidad, tuvo lugar la segunda ponencia del día que corrió a cargo de la benedictina María Reis, del monasterio de Roura en Portugal, sobre “La oración de Cristo, como modelo de la oración del monje”. En ella se nos dibujaba a Jesús no sólo como modelo sino como el “lugar” de nuestra oración para entrar en contacto con un Dios que se nos ha revelado como Padre y que lleva el signo del amor. Por ello la oración nos vincula con la realidad y nos permite descubrir el rostro de Dios en el rostro de los hermanos para ser cada vez más solidarios y fraternos. En frase lapidaria nos decía que la oración no es para hacer místicos, sino “para aprender a amar y servir”, tarea en la que los monasterios estamos llamados a ser escuela.

La última conferencia del día correspondió a Alejandro Masoliver, cisterciense del monasterio de Poblet, que la tituló “El evangelio en la tradición monástica”. En el repaso de nuestra historia también pudimos ver que la vida monástica no ha sido sólo búsqueda personal de la perfección, sino preocupación por los otros, de ahí que surgiesen en seguida las hospederías y los hospitales. Y es que los monjes estamos llamados a “ser lectura viva del evangelio”, decía, lanzándonos al mundo, como “peregrinos desde nuestra estabilidad”, para ser anunciadores del evangelio, trabajadores de la justicia del Reino, “voz que clama ante la realidad de nuestro mundo”.

En la segunda parte de la tarde se formaron los grupos y se cumplió el primer trabajo en ellos. Se establecieron nueve mixtos y dos especiales, uno compuesto por todos los monjes y monjas jóvenes y otro por los seglares, pero al final se planteó estudiar la conveniencia o no de estas separaciones. De todas formas el resultado de los intercambios, diálogos, y las comunicaciones de experiencias y sentimientos, fue muy positivo y enriquecedor.

Día 31: UN PADRE QUE AMA A LOS MÁS PEQUEÑOS

La Eucaristía con Laudes, presidida por el abad cisterciense de Poblet, quien luego tendría una ponencia, abrió la segunda jornada, que amanecía con tono nuevo después del contacto primero, las caras ya no eran desconocidas y se fue formando como una gran comunidad única.

La primera conferencia correspondió a *Juan Martín Velasco*, director del Instituto Superior de Pastoral de Madrid, con el título “La experiencia de Dios como *Abbá*, Padre”. Como experto en fenomenología de la religión abrió un abanico de experiencias de Dios a través de diferentes religiones, para culminar en la palabra “padre”, no como denominación, sino “como el nombre propio de Dios”. Como contenido profundo nos hacía ver desde Jesús y su vinculación con ese Dios Padre, la sacralidad de todo ser humano, para una toma de conciencia que debe marcar nuestras relaciones, con los de dentro y fuera del monasterio.

Un tono más poético, no por eso menos comprometido, tuvo la conferencia del abad cisterciense de Poblet, José Alegre, quien ofreció unas reflexiones sobre el amor al hilo del evangelio de san *Juan* y del “Libro del Amigo y del Amado” de Ramón Lull, bajo el epígrafe “Os doy un mandamiento nuevo”. Todo él quiso ser una sugerente invitación a responder al misterio del amor de Dios en cada uno de nosotros, hasta llegar a convertir el monasterio en “un coro cantor del amor en el corazón del mundo y de la Iglesia”.

El broche final de este día lo puso una hermosa ponencia de la Hna. M^a Dolores Martín, benedictina del monasterio de San Pelayo en Oviedo, que tituló “Lo que hagáis a uno de estos pequeños”, desde una lectura del fin de la historia según san Mateo, en la parábola del juicio final, en el que un Cristo ajusticiado va a ser el juez. En un juego de palabras afirmaba que “la ética es una óptica”, por lo que tenemos que aprender a ver las cosas desde la perspectiva del Reino. Desde él hay hechos que se nos tienen que “indigestar” y nos deben llevar a “preñarnos de profetismo”; a tener la mirada vuelta a los más pequeños, es decir, a los más necesitados, que son la gran mayoría de la humanidad –todos lo somos en algún momento, decía-, aunque explicitó que hoy mayoritariamente la marginación tiene rostro de mujer.

Conectaba con los anteriores al señalar que la vida monástica está inmersa en una historia concreta y no puede eludir el verse involucrada en la realidad de opresión de nuestro mundo, por lo que sería injusto orar por los pobres sin preocuparnos e implicarnos con ellos. Por ello invitaba a “romper ataduras y crear lazos” como algo propio de la vida monástica,

y aprender a “tejer redes” con todos los que trabajan por un mundo más humano, de modo que la nuestra sea una “oración que libere”, y nuestra liturgia, comprometida. Señalaba que vivimos tiempos de retos, y de abrir los ojos y el corazón y de aprender a armonizar interioridad y alteridad, es decir, fraternidad, siendo hombres y mujeres de oración, pero también de paciencia, creatividad, tesón, escucha, sonrisa, acogida. En esta perspectiva señaló la importancia de nuestras hospederías para el compromiso y la solidaridad, definiendo al huésped como “la escatología hecha hombre” y al mayordomo como el “diácono de la iglesia monástica”.

Día 1 de septiembre: BÚSQUEDA Y CONSTRUCCIÓN DEL REINO

Comenzamos un nuevo mes y el ambiente de fraternidad se fue consolidando. Así se abrió una nueva e interesante jornada, que nos ofrecía su preámbulo en la Eucaristía presidida por el primado de los benedictinos, Notker Wolf.

Después del desayuno el primer ponente sería el teólogo José Antonio Pagola, director del Instituto de Teología y Pastoral de San Sebastián, cuya ponencia llevó por título “Vosotros buscad el Reino de Dios...”. Mostró su convencimiento de que la vida monástica es un lugar privilegiado para buscar el Reino de Dios y su justicia, pero también con muchos riesgos para perder el rumbo, lo que nos obliga a estar alerta porque lo que nos desorienta a nosotros puede debilitar a los creyentes. De ahí la importancia de la humildad para ser capaces de “admitir o sospechar” que podemos estar equivocados, y tener presente que el Reino es la vida tal como la quiere Dios, y Dios no sigue ninguna *Regla*. Esa actitud es la que puede ayudarnos a ir transformando nuestros modos tradicionales para construir una vida monástica más abierta a la dinámica del Reino.

Subrayó que la dimensión contemplativa de Jesús le llevó al encuentro de un Dios cuya característica esencial es la misericordia, y a descubrir que “la compasión es el único modo de ser de Dios y la única manera de ser santos”. Es por lo que Dios no quiere que ninguna observancia impida la observancia más importante, la del amor. Invitaba al valor para desenmascarar formas, modos, tradiciones, que no reflejen ternura y misericordia, y no olvidar nunca que “buscar el rostro de Dios es buscar el amor al hermano”.

Un cambio de tono, pero en la misma línea, ofreció la ponencia del benedictino de Silos y profesor de liturgia en el Anselmiano de Roma,

Juan Javier Flores, quien tituló su conferencia: “Adoradores en espíritu y verdad”. Toda ella un recuerdo de que nuestra liturgia va vinculada a la vida y a la centralidad del Reino, sin el cual perdería todo el sentido, además de darle un estilo propio, de manera que a través de formas y signos intentamos explicitar nuestra entrega total a Dios y a su causa. Tras esas afirmaciones ofrecía unas propuestas litúrgicas que tener en cuenta para conseguirlo, partiendo de que no existe una liturgia propia monástica, sino un modo monástico de celebrar la liturgia de la Iglesia y teniendo claro que el primer deber del monje no es el coro, sino vivir abiertos al Espíritu. De ahí señaló la importancia de entrar en los principios para eliminar devociones anacrónicas y redescubrir toda nuestra vida ligada al altar, a la Eucaristía y su prolongación en el Oficio. Capacidad de equilibrio para armonizar solemnidad y sencillez, recogimiento, gozo y paz, y transparentar el misterio, de manera que si alguien entra en nuestras asambleas pueda decir: “Dios está aquí”.

Ante el riesgo de la mucha palabra sugería tener presente que nuestra liturgia debe ser más simbólica que verbalizada, y capaz de manifestarse como celebración gozosa y contemplativa que explaye de alguna manera la centralidad de la Pascua y que deje traslucir las ansias y los deseos escatológicos, para que se respire en ella ese más allá que pone de manifiesto al “único necesario”.

El protagonista de la tarde fue el abad primado benedictino, Notker Wolf, quien lanzó un auténtico reto a nuestro modo de vivir la vida monástica, en una conferencia que tituló: “El evangelio, norma suprema de la vida monástica”. También se apoyó en el texto del juicio final de Mateo para afirmar que tenemos en él un “auténtico desafío evangélico” porque en el monasterio Cristo se hace presente en los hermanos enfermos, en los que manifiestan de un modo especial muchas formas de pobreza, en los huéspedes y forasteros. Recordaba que la *Regla* no distingue entre vida activa y contemplativa, sino que señala y proviene del evangelio y éste se convierte en la norma suprema de la vida monástica. Desde esas afirmaciones destacó la importancia de la *lectio divina* como espacio de encuentro directo con el evangelio y su llamada continua a vivir desde él.

Indicó el peso de la tradición para vivir de manera renovada, e hizo un llamamiento a “tener sed de renovarse”, afirmando que cuando eso no se hace es “porque el corazón ha sido tocado por la acedia” o porque tenemos muchos miedos, cuando en realidad no tenemos nada que perder, sólo la vida, y es algo que tenemos que dar.

Por la noche hubo un espacio para el arte; el propio abad primado contribuyó a ello ofreciendo varias piezas de flauta, y la actuación del coro Stigia de música polifónica deleitó con un amplio repertorio de canciones. Fue el preámbulo a la jornada de descanso programada para el día siguiente, precisamente en la mitad de la semana.

Día 2: BELLEZA, HISTORIA Y FRATERNIDAD

Después de la Eucaristía presidida por Alexandre Masoliver se abrió paso una jornada cargada de belleza, historia y fraternidad. Por la mañana la visita en grupos a la monumental ciudad de Salamanca que culminaría en la comida en un restaurante. Esta visita deparó un gozoso encuentro imprevisto, el del teólogo Olegario González de Cardedal, que se unió a la comida, y se brindó a enseñarnos la Universidad Pontificia por dentro. A partir de ese día contamos con su presencia en todas las jornadas.

Por la tarde la visita a Alba de Tormes, localidad donde reposan los restos de santa Teresa de Jesús. La comunidad de carmelitas nos mostró todo con una gran acogida, y terminamos con el rezo de Vísperas en la comunidad benedictina de la localidad, que nos esperaba con un refrigerio más que necesitado en ese momento y, sobre todo, con un gran calor fraterno.

Día 3: RADICALIDAD Y BUENA NOTICIA PARA LA MUJER

Se inició la segunda parte de esta Semana con la Eucaristía que presidió el abad general de los trapenses, Bernardo Olivera, en el tono de reto que la semana tuvo y que fue acentuándose día a día.

La primera conferencia estuvo en manos de otro abad benedictino, Josep M^a Soler, de Montserrat, cuya ponencia llevó el título de “El seguimiento radical de Cristo”. Habló de la necesidad de radicalidad frente al peligro de la mediocridad o infidelidad, como lo único que podía dar la felicidad, pero no una radicalidad entendida como actuaciones extremas, sino como vivencia desde la raíz, en este caso desde el evangelio de Cristo.

En la vida monástica esta radicalidad debe manifestarse en la vida mística de búsqueda y experiencia de Dios, en la intensificación de la vida fraterna, y en la apertura a los demás, intentando dar respuesta a

tantas situaciones de pobreza y marginación que se presentan; acogiendo a aquellos que se acercan a nosotros en búsqueda de fe, de oración o de crecimiento humano; y abriéndonos al diálogo ecuménico e interreligioso.

En esa línea derivó la segunda conferencia del jerónimo Javier Álvarez, prior del monasterio de El Parral, en su ponencia sobre “El espíritu de las bienaventuranzas”, para quien la vida monástica tiene que ser una “encarnación de las bienaventuranzas” viviendo en una actitud de conversión, de confianza y apertura del corazón a Dios. Sólo desde ahí los monasterios pueden manifestarse como lugares privilegiados para que la persona se autorrevele como es, por lo tanto con capacidad para hacer posible que los monjes sean hombres y mujeres “de verdadera alegría”.

Un tono de reivindicación y de esperanza abierta se destacó en la ponencia del abad de los trapenses, Bernardo Olivera: “El evangelio, buena noticia para la mujer”. Afirmaba que “Dios nos ha hecho para ser receptáculos de su donación” y para ello nos ha creado al hombre y a la mujer en condiciones de igualdad complementaria, de ahí que el evangelio sea una buena noticia para todos, pero hoy de un modo especial para la mujer. Desde esas convicciones afirmó que vivimos el momento en que la mujer está llamada a desarrollar su presencia en todos los ámbitos de decisión, de la sociedad, de la Iglesia y de la vida monástica, y desgranó una serie de puntos “provocativos”, en el sentido de “estimulantes para seguir creciendo”. El abad general señalaba que las primeras palabras del Resucitado según el evangelio de *Juan*: ¿Mujer, por qué lloras?, debían movernos a enjugar las lágrimas derramadas por motivos religiosos o a causa de esconder el rostro misericordioso de Dios, y que así como las palabras y gestos de Jesús significaron en su momento una ruptura y una novedad, de igual modo nuestras relaciones entre varones y mujeres han de ser signos de vida en el seno de un mundo injusto, opresivo y excluyente. Para ello nos invitaba a los varones a evitar cualquier tipo de lenguaje, prédica y enseñanza que induzca a desvalorizar al género femenino y a someterlo a un modelo paternalista de relación con consecuencias infantilizantes y cosificantes. Y a evitar discursos absolutos sobre las mujeres que las encierran en su propia concepción ideológica de lo que son o deberían ser, aunque señaló en este punto que de ellas también hay que esperar que no encierren a los varones en sus intuiciones e interpretaciones.

Tomando como partida la igual dignidad de toda persona humana, invitaba a imaginar creativamente alternativas inclusivas del otro género, a fin de colaborar juntos en el ámbito social, cultural, religioso y monástico. Y, en coherencia con ello, decía que los monjes y superiores

monásticos han de estar abiertos, y bien dispuestos, a ser magistralmente enseñados, pastoralmente ayudados y hasta canónicamente corregidos por mujeres que viven el mismo carisma monástico y gozan de reconocida autoridad en el ámbito femenino.

Concluía sus aportaciones afirmando que el evangelio será buena noticia para las monjas de hoy y mañana, siempre y cuando tengan en cuenta la necesidad de abandonar el modelo de referencia de la vida monástica masculina; y les instaba a ser un poco menos monjas y un poco más mujeres.

Día 4: AUTORIDAD Y SANACIÓN

Y fue una mujer, la abadesa del monasterio de Lazkao, en Guipúzcoa, y presidenta de la Sociedad de Estudios Monásticos, Cándida Saratxaga, la encargada de presentar la siguiente ponencia en el que ya era penúltimo día de la Semana. Su título: "La autoridad en la comunidad de los seguidores de Jesús". Apoyada en el modelo de autoridad de Jesús, convertida en servicio, y en la primitiva comunidad entendida como "diakonía", delineó un sugerente perfil de la autoridad en la vida monástica.

Desde esos presupuestos arrancó diciendo que la autoridad no es para ejercer un cargo de representación, sino "un carisma para un servicio a la comunidad y para la comunidad", y en ese sentido el superior o la superiora es un hermano entre los hermanos, siervo de los consiervos, y para ello debe transmitir gozo de vivir, ilusión por el propio progreso humano y espiritual y estímulo por el comunitario. Características suyas deben ser su capacidad para invitar a la búsqueda, estar atentos a Dios para ser mediadores de comunión espiritual, con capacidad para discernir juntos lo que agrada a Dios, pero sin olvidar que aunque le corresponda un papel especial de discernimiento, como recuerda san Benito, a veces el Espíritu no se le revela a él sino al más joven, porque la comunidad también es mediación de Dios.

De un modo especial la autoridad ha de ser animadora vocacional, ayudando a potenciar una relación más profunda con Dios, porque la "pasión por Dios" es lo que da sentido a nuestra vocación monástica, y es así como debe animar a gozar el propio carisma, generar autonomía, confianza y libertad para dejar ser, y cuando el clima no es fácil "dialogar hasta la extenuación".

Para estas alturas de la Semana muchas ideas comunes se entrecruzan y se refuerzan unas con otras con lo que va tomando peso su rea-

lidad y necesidad, e incluso es lo que más se va quedando en la mente como muestra de lo que es necesario ir acogiendo.

Así, Pius Tragan, benedictino de Montserrat, que habló sobre “la misión sanadora de la comunidad evangélica” fue marcando la semejanza entre sanación y salvación cristiana, ya que las sanaciones de Jesús preparaban siempre a una salvación final. Desde esa referencia a Jesús, el monasterio, según el ponente, debe ser un lugar donde poder sanar las propias heridas y las de los otros. Es necesario tomar conciencia de que en el monasterio no somos seres aislados, nuestra individualidad es relacional, por lo que hay que evitar posturas de rigidez y ser capaces de ductilidad para que ninguno se haga inamovible, ya que la pérdida de creatividad es el mayor peligro de una comunidad.

Sin ningún tipo de complejo, afirmaba que aunque el monacato sea un fenómeno marginal, es un modo diferente de ser cristiano, en el que no caben apocados o gente extraña, por lo que “sólo una comunidad sana internamente ayudará a la Iglesia, estará integrada en ella y además será una realidad interpeladora y una voz profética ante la injusticia”. En visión positiva aseguraba que con esas actitudes es como cada comunidad se puede convertir en una *koinonía* con espíritu profético, que dialoga, contesta y se edifica en el seno de la Iglesia y la sociedad manifestándose como vida sapiencial fundada en el Verbo, y no como rareza.

RENOVACIÓN DE LA JUNTA

Después del descanso habitual, ya cada vez más ansiado, la segunda parte de la tarde fue de descanso y convivencia para gran parte de los participantes, ya que un miembro de cada monasterio socio de la Sociedad de Estudios Monásticos tuvieron que reunirse, como es habitual en estas Semanas, para dar lugar a la realización de la Asamblea general. En ella se presentó el estado de cuentas y se leyó el Acta anterior, después de lo cual se procedió a la renovación de la Junta, en aquellos miembros que ya cumplían su tiempo.

Al finalizar las votaciones un miembro de la Asamblea lanzó la propuesta, con motivo del 45 aniversario de estas Semanas, de nombrar al benedictino Ildefonso Gómez presidente honorario vitalicio de la Sociedad, dada su labor incansable a lo largo de estos años en pro de esta Sociedad y de estas Semanas, propuesta que fue ratificada con un fuerte aplauso por parte de toda la Asamblea.

VELADA FESTIVA

Pero el día no acabó ahí y nos guardaba un secreto que había ido tejiendo a ratos libres la iniciativa de los más jóvenes. Como consecuencia, después de la cena pudimos gozar de una velada festiva, que anunciaba ya el final próximo de esta Semana. Todo un espectáculo de colorido en el estupendo escenario del salón de actos donde monjas y monjes, jóvenes y no tan jóvenes, pusieron su grano de arena: mensajes en tono profundo, escenas humorísticas, bailes y danzas de diferentes partes del mundo, ya que de todas las razas estábamos presentes, canciones... una función que hizo verdad muchos de los deseos puestos de manifiesto en las ponencias. Allí se respiró fraternidad, unidad, creatividad, alegría. No cabe duda de que ése fue un espacio de sanación en el que Jesús se hacía presente.

Último día, 5 de setiembre: MIRADA AL FUTURO

Hay que reconocer que el último día se notaba ya un poco el cansancio, y se percibía el movimiento de los que tenían que salir de viaje, algunos esa misma tarde. Había sido una semana intensa en todos los sentidos y el cuerpo lo dejaba notar. Pero ello no quitó fuerza y valor a las tres últimas ponencias que de nuevo invitaban a mirar al futuro con aires de reto y esperanza.

Abrió el turno Ramón Álvarez, prior del monasterio benedictino de Montserrat en Madrid, quien tocó el sugerente tema del diálogo ecuménico e interreligioso con una ponencia que tituló "Evangelio y diálogo entre las religiones: perspectivas y retos actuales para el monacato". Resonó de nuevo el no tener miedo, en este caso a abrirnos a otras tradiciones que son espacios diferentes de búsqueda de Dios, del Otro, del Diferente, del Santo, para lo que cada religión tiene que ser capaz de romper el exclusivismo para abrirse a la búsqueda común de Dios. Para crear estímulos decía que nuestra "fuga mundi" es precisamente lo que nos puede permitir no encerrarnos en los esquemas actuales y ser capaces de crear espacios, ámbitos y formas nuevas de relación, y ayudarnos a ser capaces de descubrir que las instituciones tienen un valor funcional (como el sábado), y todo camino es relativo, por lo tanto siempre con capacidad de avanzar y redescubrir.

Como cristianos, el mensaje recapitulador del misterio de Dios y nuestra dimensión escatológica nos ofrecen el apoyo necesario para adentrarnos con esperanza y respeto en el diálogo interreligioso, sabiendo leer

esa profunda realidad y valorarla desde el misterio Dios. De modo especial afirmaba que la contemplación ayuda al diálogo y a la unión espiritual que puede permitir superar el escepticismo y el fundamentalismo que son dos grandes riesgos de este momento. También nuestra hospitalidad característica es una llamada para abrirnos al diálogo y viceversa, al diálogo pacífico con todos, con las diferentes culturas, y al trabajo conjunto por la paz, contra la pobreza, y a los problemas profundos que asolan a la humanidad.

La última parte de la ponencia fue una aportación de la Hna. Griselda Cos, que habló de las acciones realizadas en el tema de la represión de los monjes del Tibet e invitó a romper muros interiores dentro de la Iglesia y a implicarse en el diálogo porque “es un don que vuelve a nosotros y que nos permite abrirnos al diálogo mutuo”.

La segunda conferencia fue la del cisterciense Enrique Mirones, del monasterio de Sobrado, bajo el título “Testigos del evangelio en un/a sociedad indiferente”. En ella quiso lanzar una llamada apremiante para que no nos falte en la vida monástica pasión por la vida, y poder así dar respuesta a la realidad de un mundo que no la tiene, aunque a veces se ven signos de esperanza, especialmente en la creciente preocupación por tantas víctimas que está generando nuestro sistema. Para ello sugirió desarrollar entre nosotros una cultura más fraterna y menos jerarquizada, lejos de instancias de poder, y menos institucionalizada. Dibujó y soñó a los monasterios como espacios privilegiados para aquellos que quieren sacar lo mejor de sí mismos, y a monjes y monjas como testigos de humanidad, manifestándose todo ello en la acogida y en la implicación con la vida que se genera a nuestro alrededor, así como buscando el modo de hacernos presentes allí donde el hombre se juega la vida y la esperanza. Desde esas convicciones se preguntaba cuál es la imagen que transmitimos del Dios de Jesús, porque lo que los demás ven no es lo que creemos sino lo que vivimos, lo que manifestamos, no lo que sale de la boca o la liturgia, sino de las manos y el corazón.

Para ello señaló la importancia de que nuestros monasterios sean auténticos talleres de oración y nuestra liturgia inculturada, porque es a través de ella como mostramos una imagen de Dios, del ser humano y del mundo. Así y en línea con varios de los ponentes volvía a insistir en el papel profético de los monasterios para que sean voz de la conciencia de la Iglesia y cuestionadores de su hacer. Tenemos que ayudar a descubrir que en el corazón de la historia, del mundo y del hombre está Dios.

Y así llegamos ya a la última ponencia que correspondía a Enzo Bianchi, prior de la comunidad de Bose en Italia, que tuvo que ser leída

ya que a última hora no pudo asistir . Como punto final se volvía a mirar al futuro como en un compendio de todo lo que había salido a lo largo de la semana en una ponencia que titulaba “La novedad evangélica de la vida monástica para el siglo XXI”, mirada que sólo se puede lanzar con esperanza hincando las raíces en el evangelio que es donde se encuentra nuestra “forma vitæ”, y que hace de nuestra vida una tarea nunca cerrada ni terminada. En esa andadura, afirmaba que los monjes y monjas podemos llegar a humillar el evangelio, pero que lo terrible sería olvidarlo porque entonces perderíamos el sentido de todo. Con la frase el “evangelio y nada más que el evangelio” condensaba el punto donde la vida monástica hunde sus raíces para responder a todos los retos que plantea el futuro.

Terminadas todas las ponencias, la última parte de la tarde sirvió para hacer una puesta en común general del trabajo de los grupos y un balance de la Semana. En ella se valoró todo lo positivo vivido y se resaltó todo el bagaje de mensajes recogido en un clima que habla de la corriente del Espíritu que está atravesando la vida monástica.

Concluyó la presidenta, Cándida Saratxaga, retocando una frase de la última conferencia para decir que los monjes y monjas “podemos humillar el evangelio, pero él y sólo él sigue siendo la norma suprema de la vida monástica”, con lo que recogía así el lema de esta Semana.

El punto final lo puso el obispo de Salamanca, Carlos López, quien en la Eucaristía de clausura de esa misma tarde manifestó su esperanza ante el papel de los monasterios, de estímulo para la propia Iglesia, para recordar que la vida monástica tiene que ser capaz de verter el evangelio en odres nuevos para “ser testigos y maestros de oración”.

Ya esa tarde había sido de despedida para algunos hermanos y hermanas, pero la mayor parte quedó para el día siguiente después de la Eucaristía. En los rostros y en las palabras un tanto de nostalgia pero un tono de esperanza y alegría. Nos llevamos un buen bagaje de contenidos, el deseo de saber transmitir a nuestras comunidades todo lo escuchado y experimentado para poder empezar a darle vida concreta, y sobre todo mucho calor humano y fraterno en el corazón, y el deseo de permanecer unidos en el recuerdo y la oración, ahora más fácil porque tiene muchos rostros concretos. No cabe duda de que con todo ello vislumbramos que el Espíritu va haciendo su obra y algo nuevo se comienza a abrir en la vida monástica, y eso es una buena noticia para nosotros y para toda la Iglesia.

Gracias, hermanos y hermanas, porque nos hemos ayudado a redescubrir que más allá de matices tenemos todo en común, porque el

evangelio es nuestra base común, él nos congrega y nos envía. Unidos en la oración y en los anhelos que nos abren al futuro.

Monasterio de Zenarruza
E-48279 ZENARRUZA
(Vizcaya) España